

cerca la bebida cuando se come aquel pan, porque es muy ahogadizo y fácilmente se podrían ahogar sino bebiesen; maíz se coge muy poco, porque aunque es la tierra muy apropiada para ello, no hay indios que la cultiven, que apenas en toda ella se hallan quinientos, porque todos se han consumido y acabado, como se acabaron en la isla Española y en otras muchas partes de las Indias y se van acabando en las demás. Estos que han quedado en Cuba, están repartidos y poblados junto á siete ó ocho pueblos que hay de españoles en ella. Dánse en la Isla de Cuba muchos plátanos, piñas, aguacates, guayabas, anonas, cocos y otras muchas frutas de Indias, de tierra caliente; de las de Castilla se dan muy pocas, y estas son naranjas, limas y limones, en mucha abundancia y algunas uvas y higos; dáse también mucho xenxibre, y muchos y muy buenos melones, cañas dulces de azúcar, berengenas, calabazas, coles y otras hortalizas; hállase en aquella isla mucho y muy fino ébano y llévase gran suma dello á España; hay muchos cedros muy altos y gruesos, de que hacen navios y edifican casas, y dánse otras maderas muy recias y fuertes, de que hacen camas de campo que llevan á Castilla. Hay en aquella isla muchas estancias de vacas y algunas pocas de ovejas, y críanse muchos puercos, los cuales son la comida ordinaria de toda aquella tierra, especial en la Habana, que es el uno de los pueblos sobredichos; su carne es muy sana, y tanto que con ella se purgan porque no hace mal como en otras partes, aunque para enfermos y aun para sanos se provea aquel pueblo de gallinas de Castilla, que llevan por mar de la provincia de Yucatan, de donde también se provee de maíz y sal, cera y mantas de algodón: para cuaresma

y otros dias de pescado, hay mucha pesca en aquella costa, y entre ella es maravillosa la de las tortugas, de las cuales entran de ordinario en el puerto de la Habana muchas canoas y navios cargados; son muy grandes, mayores que rodelas y aun que adargas, es carne muy sana y no desabrida, péscanlas con facilidad con un clavillo que les tiran, atado en una cuerda larga, el cual clavado en la concha las detiene, y así las cogen y meten en las barcas y canoas, sin peligro ninguno porque no muerden ni hacen mal; llévanlas á la Habana, donde, junto á las casas, tienen hechos corrales de estacadas, en los cuales las meten y guardan mucho tiempo en el agua y de allí las van sacando y vendiendo. El mayor pueblo que hay en la isla de Cuba es el de la Habana, fundado junto á la misma mar arrimado al puerto, el cual es el mejor y mas seguro de los que hay en las Indias, cuya boca es tan estrecha y angosta que no pueden caber por ella dos navios juntos, y así han de entrar, como dicen, por contadero, de uno en uno, lo cual hace mas fuerte el puerto y el pueblo, y para mayor fortaleza está al cabo de este puerto un castillo muy fuerte y artillado, con alcaide y soldados que le guardan de dia y de noche con mucha diligencia y cuidado, por ser como es la escala á donde acuden todas las flotas y navios de toda la Nueva España y tierra firme y sus provincias, y aun de Santo Domingo; y, para mayor seguridad, estaban á la sazón dos galeras con mucha gente de soldados y remeros, los cuales guardan el puerto y pueblo, y aseguran toda la isla, saliendo de cuando en cuando á correr la costa y limpiarla de los cosarios franceses é ingleses que acuden de ordinario por allí, y aun de México habian entonces ido dos compañías de soldados que tam-

bien ayudaban á guardar la tierra, y los vecinos de la Habana son todos asimesmo soldados y hacen lo mesmo; tiene aquel pueblo mediana vecindad, las casas son de tapias con rafas de cal y canto, cubiertas unas de tejas y otras de azotea, aunque tambien hay muchas hechas de madera y cubiertas de paja; no hay en él agua, si no es de pozos y esta muy gruesa y salobre, pero usan aljives de la que llueve, la cual es muy delicada, y los que no alcanzan este regalo, beben de la de los pozos, ó la que traen por mar, dos leguas de allí, de un rio que llaman la Chorrera, ó de otras fuentes que la mas cercana está muy lejos, y por esta falta de agua se pasa trabajo en el pueblo; en el cual hay una iglesia parroquial, en que residia un beneficiado y dos ó tres clérigos, hay tambien un convento de Santo Domingo con cuatro religiosos, algo apartado de la mar, y otro nuestro fundado á raiz de la mesma agua, en una punta que hace la tierra dentro del mesmo puerto, sitio muy sano, vistoso y apacible porque de cuatro partes están las tres cercadas de agua.

Hay en aquella isla otro convento de nuestra orden, fundado en un pueblo de españoles llamado Santiago de Cuba, pero este no era de la jurisdiccion del padre Comisario fray Alonso Ponce, sino de la provincia de Santo Domingo; allí en Santiago de Cuba tiene el Obispo su silla y residencia, aunque lo más del tiempo reside en la Habana, desde donde envió el padre Comisario una comision á México para absolver á los descomulgados, como agora se dirá.

*De como el padre Comisario general envió una comision á México para que fuesen absueltos los descomulgados, y del convento de la Habana, y de lo que en él hizo el padre Comisario hasta que pasó á Yucatan.*

Llábase nuestro convento de la Habana San Francisco, y es, como atrás se dijo, de la provincia del Santo Evangelio, y fué ordenacion de Dios que quanto trabajaron y negociaron los frailes della, y el Virey por ellos, para echar della al padre Comisario, no bastó para que no se les quedase en ella, con lo cual no le quedó título ninguno, ni aun aparente, á fray Pedro de San Sebastian para pretender ser comisario de la provincia, como él se intitulaba, aunque no quedara descomulgado como quedó; mas con todo esto, el padre Comisario general, deseando la quietud de aquella provincia y la seguridad de las conciencias de los frailes, no reparando en las molestias, befas y persecuciones que le habian hecho, y negociado que le hiciesen, luego, como llegó á la Habana, envió, en unos navíos que salieron de aquel puerto para la Nueva España, comision cumplida y bastante á fray Domingo de Areyza, fraile principal y que habia sido provincial de aquella provincia, para que en su nombre la rigiese y gobernase hasta tanto que él ó su sucesor la visitasen, y para que, acudiendo á la obediencia los descomulgados, los absolviere de la descomunión en que estaban. Llegó esta comision á manos del Virey, el cual envió luego á llamar al Areyza y á

fray Pedro de San Sebastian, y tratádoles lo que la comision contenia no quiso fray Pedro de San Sebastian aprovecharse de tan buen medio y suave, para quedar con sus secuaces en buen estado, diciendo que no conoceria al padre fray Alonso Ponce por su prelado, si no tuviese recados del nuevo general; y así como no habia quien le compeliere, porque el Virey, que habia de dar para ello favor, hacia lo contrario, no se ejecutó la comision, y el fray Pedro de San Sebastian se quedó, como de antes, rigiendo la provincia, aunque suspenso y descomulgado.

Quando el padre Comisario llegó á la Habana, estaba á la sazón el guardian de aquel convento allá en Santo Domingo, en la isla Española, adonde habia ido por diferencias muy pesadas que habia tenido con el Obispo de Cuba, que tambien era fraile nuestro, y no habia en el convento sino dos frailes, y esos huéspedes, el uno del Pirú y el otro de Nicaragua, por lo cual, y por no tener cerca el convento por la parte de la mar, ni más de tres celdillas bajas, y ser menester poner calor y diligencia para cercarle y edificarle de nuevo, porque el Rey daba la madera y la cal necesaria y el pueblo queria acudir á ayudar al edificio, se detuvo allí el padre Comisario con ánimo de aguardar al guardian, y, en el interin que no venia, á trabajar en la obra, como lo habia hecho en Santa Bárbara, de los descalzos de la Puebla de los Angeles; y solicitólo de tal suerte que el gobernador y los oficiales reales dieron luego la madera y cal, y los vecinos mandaron luego mas de seiscientos jornales de negros, y los arbañiles, hacheros y carpinteros mas de setenta dias de trabajo por sus personas, con lo cual se comenzó la obra luego en pasando

la Pascua de Resurreccion, y se prosiguió hasta que el padre Comisario salió de aquella isla, andando él siempre como sobrestante y ayudando en todo lo que se ofrecia.

En este interin el provincial de la provincia de Yucatan, y otros muchos frailes de ella, escribieron muchas y diversas veces al padre Comisario que los fuese á visitar y consolar, atento á que se acercaba ya el fin de su cuadrenio, pero no pudo acudir tan presto á esto, aunque lo deseaba, por no haber venido el guardian de aquel convento y no haber quien dejar en él, que los huéspedes ya eran idos á sus provincias, y así se detuvo allí prosiguiendo su obra con tanto cuidado y diligencia, que, cuando vino el guardian, que fué á principio de Junio, ya estaba cercado casi todo el convento por la parte de la mar, y hechas algunas puertas y ventanas, y aserrada mucha madera y allegada mucha piedra, y aun antes que de allí saliese se acabó de cercar por la banda sobredicha, y se comenzó la cerca por la parte de la villa, y finalmente quedó la obra puesta en muy buen estado; no dejando el padre Comisario, por esta obra material, de acudir á la espiritual, predicando á los del pueblo muchos sermones, así en el convento como en la iglesia parroquial, con grande aceptacion, aplauso y consuelo de todos.

*De como el padre Comisario general salió de la Habana y pasó á la provincia de Yucatan.*

Llegado el guardian de la Habana, como dicho es, llegó tambien pocos dias despues á aquel puerto una barca de Yucatan, con mercaderías de aquella tierra, y con cartas en que los frailes pedian de nuevo al padre Comisario que fuese á aquella provincia; importunóle mucho el maestre de la barca que se fuese en ella con los frailes que quisiese, que él se ofrecia á que, mediante Dios, los pondria en Yucatan en muy pocos dias; y viendo el padre Comisario tan buena coyuntura, determinó de embarcarse en aquella barca que parecia buena y fuerte, demas de que el piloto era diestro y cursado en aquella carrera; y así, lunes por la mañana, cuatro de Julio de ochenta y ocho, despues de haber dicho misa se embarcó, yéndole acompañando hasta el muelle de la aduana el gobernador de la isla y los oficiales reales, y otra mucha gente principal, con no pequeño sentimiento de que se fuese, porque le habian cobrado todos un amor extraño, y no quisieran carecer del pasto y comida espiritual que con sus sermones les daba. Allí se embarcó en una chalupa la cual le llevó á la barca, que le estaba aguardando á la boca del puerto; iba en su compañía su secretario y el predicador de la Puebla, y el guardian de Metepec, que por no obedecer á fray Pedro de San Sebastian, prelado intruso, habia dejado su guardiana y pasado por tierra á Yucatan, y de allí por mar

á la Habana. Tambien iba un fraile lego del convento de la Habana, porque el otro de la Veracruz se habia ya vuelto á su provincia por hallarse enfermo en aquella tierra; iban tambien en aquella barca otros dos frailes, un dominico y un mercenario, el uno para Guatemala y el otro para el Pirú, y iban otros muchos pasajeros, de suerte que, con los marineros, llevaba la barca treinta personas. Hizose luego á la vela con muy poco viento, salió del puerto y anduvo todo aquel dia barloventeando con tan poca ganancia, que apenas anduvo dos leguas. Dió fondo el piloto, cuando se queria poner el sol, á la boca de un portezuelo, no se atreviendo á hacerse á la mar de miedo de las corrientes que por allí son grandes y muy impetuosas, y sino hay viento que las resista, acontece llevar los navíos y meterlos y desembocarlos por la canal de Bahama, camino de España, cosa muy rara y particular.

Martes cinco de Julio tornó el piloto á hacerse á la vela dos horas antes del dia, y, por descuido del timonero que se durmió, se apartó tanto la barca de tierra, que dió en las corrientes sobredichas, y aunque hacia un poco de viento contrario á ellas, pudieron ellas más, y así cuando amaneció se halló el piloto mas atras de donde la noche antes habia surgido, y tuvo todo aquel dia harto que hacer en cobrar lo que en aquellas dos horas habia perdido, tan recias son aquellas corrientes. Pero quiso Dios que, arrimándose otra vez á tierra, refrescó á la noche el viento, con que navegó la barca un gran trecho, y continuando su viage el dia siguiente seis de Julio, navegando á la bolina (que aun no habia viento en popa), descubrieron los de la barca, poco antes que el sol se pusiese, una vela algo apartada que cami-

naba la vuelta de la Habana. Pusólos un poco en cuidado porque parecia navío grande, y les tenia cogido el barlovento y era no muy lejos del cabo de San Anton, donde suelen los cosarios franceses estar escondidos y hacer sus presas, pero presto salieron deste temor y recelo, porque el navío se fué su camino y la barca prosiguió el suyo y aquella noche pasó el dicho cabo de San Anton, que es el fin de la isla de Cuba, por aquella parte, cincuenta leguas de la Habana.

Jueves siete de Julio fué la barca atravesando el golfo que hay desde el dicho cabo hasta el de Cotoche, tierra firme de Yucatan, otras cincuenta leguas de travesía; sobrevinieron aquella noche algunos aguaceros, con que los de la barca se mojaron, y cuando amaneció el viernes, ocho del mesmo, vieron tierra y tomaron sonda con mucho contento y alegría de todos. Pescaron muchos pargos, con que toda la gente se consoló y recreó aquel dia; y prosiguiendo su viaje con buen tiempo, yendo casi siempre tierra á tierra por una grande ensenada, fueron á surgir á las dos de la tarde muy cerca de la mesma tierra de Yucatan, junto á un edificio antiguo, llamado el Ku de Chuacan, en que los indios antiguamente hacian sacrificio á los ídolos, el cual por ser alto, se ve desde muy lejos y vánle á reconocer los pilotos de aquella carrera. Dado allí fondo, se despachó, á instancia del maestro, un español pasagero con cartas para el primer convento de aquella provincia, para que supiesen la llegada del padre Comisario, y acudiesen al puerto, que aun estaba diez leguas del Ku sobredicho; pero no hizo nada el mensagero, porque se perdió, y así llegó el padre Comisario tan presto como él. Estando allí surtos cayeron cuatro ó cinco aguace-

ros, uno tras otro, con un viento muy recio, y dejaron á todos los de la barca muy mojados, porque no habia en toda ella donde guarecerse sino en un toldillo pequeño, debajo del cual iba el padre Comisario, y aun este tenia tan mala cubierta que todo se llovía.

Sábado nueve de Julio, despues de haber tomado el maestro de la barca un poco de palo negro que tenia en la playa, el cual es bueno para teñir y se lleva á España, tornó á dar las velas al viento, y navegando costa á costa por aquella manera de ensenada, llegó, como á las dos de la tarde, al puerto de Holcoben, que por otro nombre se llama rio de Lagartos; llámase rio porque, aunque es agua salada del mar, entra en la tierra á manera de rio y da en ella muchas vueltas, haciendo muchas ensenadas, que á ser hondables hicieran un puerto maravilloso, pero por no serlo no pueden entrar en él navíos si no son pequeños, y esos con trabajo, y llámase de Lagartos porque los hay allí, muchos y muy grandes. Tienen á la entrada deste puerto, por la parte de tierra firme, los españoles de aquella provincia, puesta una vela que le guarde y descubra los navíos, y dé aviso cuando llegare algun cosario francés ó otro enemigo, y hay para esto hecha una torre de madera, y junto á la torre unas casas de paja, en que está la vela y algunos indios que le sirven. Quedóse la barca en que iba el padre Comisario media legua larga desta torre, á la cual le llevó el maestro en la chalupa, guiándola por unas canales que él bien sabia; no halló allí á la vela, sino á dos ó tres indios, despachóse luego el uno de ellos al primer pueblo, que está cinco leguas la tierra adentro, con una carta escrita en su lengua por el secretario del padre Comisario, que la sabia, pidiéndoles re-

cado para decir otro dia misa, y bestias en que poder ir hasta el primer convento: espantáronse los indios de ver la carta, cuando supieron que uno de los de la barca la habia escrito, porque pensaban que venia de España, y admirábanse de que de allá viniese quien supiese su lengua y la escribiese. Luego otro dia, domingo de mañana, diez de Julio, llegó ornamento y todo recado al puerto, con que uno de los compañeros del padre Comisario dijo misa, y él y los demás frailes y pasajeros la oyeron. A la tarde llegaron cabalgaduras, en que otro dia el dicho padre Comisario y sus frailes se partieron con el dominico y mercenario. Padedieron todas aquellas dos noches, en aquel rancho, grandísimo trabajo y tormento, con unos moxquitos zancudos que no los dejaban dormir ni descansar, pero todo lo daban por bien empleado en haber llegado á tierra fija y firme, libres de los vaivenes de la barca y peligros del mar, esperando salir otro dia de aquel puesto y entrar la tierra adentro, donde no hay semejantes animalejos: pero antes de la partida será bien en este lugar decir algo de aquella provincia y de la gente que la habita, conventos y frailes y cosas de ella, para que, llevando sabido esto por delante, se entienda mejor lo que despues se dijere.

*De la provincia de Yucatan, que algunos llaman de Campeche.*

La provincia de Yucatan intitulada San José, tenia, cuando el padre Comisario general fray Alonso Ponce la visitó, veintidos conventos y sesenta y seis frailes; estiéndose de Oriente á Poniente mas de noventa leguas, que es desde la villa de Valladolid, pueblo de españoles, hasta Tixchel, pueblo de indios, en cada uno de los cuales hay un convento nuestro, pero de Norte á Sur poco es lo que corre; toda ella cae en la costa del mar del Norte, y el convento mas distante está veintiocho ó treinta leguas de la mar; es toda tierra baja y llana, mas muy pedregosa, no de piedras movedizas sino de lajas muy largas y continuadas, por las cuales se andan en algunas partes cuatro y seis y mas leguas, sin mezcla de tierra sino muy poca. Es montuosa, de árboles muy espesos y tan iguales, que parece que los cortaron todos con tigras á un tiempo y de un tamaño. Dicen los indios viejos, que en tiempos pasados ventaron en aquella provincia unos huracanes tan recios, que arrancaron de raiz todos los árboles, y que despues nacieron otros, y fueron creciendo todos igualmente; la tierra es calurosa en excesivo grado, pero muy sana, en especial para viejos, por los buenos aires y bastimentos que tiene. Es muy húmeda, y por esto poco sana para piernas y buena para cabezas; no hay en toda ella desde Campeche á Valladolid, que son sesenta leguas, rio ninguno,

y así carece de moxquitos que no es pequeño bien; tampoco hay fuentes sino solo una junto al mismo Campeche, en el camino real, y es de agua dulce, en la cual hay muchos moxquitos que la defienden, y hacen que los caminantes pasen de largo, ó se detengan poco en ella, pero obró naturaleza en la mesma peña viva una manera de balsas ó estanques muy grandes, anchos y hondos, de agua muy clara y delicada, buena de beber, llamados en aquella lengua zonotes, que admira y espanta ver su hechura y grandeza; destes zonotes, si están en camino ó pueblo, beben los indios y aun sacan muchos vagres, que son unos pescaditos pequeños, sabrosos y sanos: hay tambien unas como lagunas de agua, asimesmo dulce, no metidas en la tierra como los zonotes, sino sobre ella mesma, aunque hondas, á las cuales llaman yoca, y por otro nombre kaxek, que sirven de lo mesmo que los zonotes, y aun se hallan en ellas algunas tortugas y lagartos ó caimanes, que son como los lagartos de España, pero muy grandes, que crian almizcle debajo de las agallas y de los brazos y piernas, y tienen la carne blanca y buena de comer, aunque muy dulce y olorosa; estos dicen que son los cocodrilos del rio Nilo. Sin estas lagunas y zonotes, tienen ya los indios muchos pozos y anorias, con sus pilas, con que no solo están proveidos de agua para sí y para los españoles y ganados, pero aun se riegan las huertas de los conventos; en el mar de aquella costa se toma mucho y muy buen pescado así como son, meros, pargos, lisas, róvalos, sardinas, pámpanos, ostiones y tollos maravillosos, que se llevan en navios á San Juan de Ulúa y á la Veracruz, donde los estiman en mucho; péscase por allí un pescado tan grande como un becerro, llamado manati, cuya carne, des-

pues de aderezada, tiene el color y sabor de tocino magro, y dicen que si el que la come tiene bubas encubiertas, luego se las echa fuera que se parecen; tambien dicen que el hueso de su cabeza, hecho polvos y bebido aprovecha mucho al dolor de la hijada. Cuéntase que el tiburón pelea con el manati, y que le acomete siempre acompañado, y no sólo.

Casi en toda aquella costa, desde Campeche hasta el rio de Lagartos y mas adelante, hay salinas maravillosas, que sin beneficiarlas dan mucha sal, gruesa y muy blanca y de mucho valor, de que se provee toda la provincia, y llevan navios cargados á la Nueva España, Habana, Honduras y Panuco y á otras partes; estiéndense y van prolongadas estas salinas, casi cincuenta leguas por la mesma costa, orilla del mar, y con el agua del cielo, cuando llueve, se cuaja en ellas la sal, acuden á su tiempo españoles é indios, y metidos en el agua amontonan toda la sal que pueden, despues la sacan de allí y hacen della grandes montones, á los cuales pegan fuego por encima, con que se hace una costra gruesa y recia, que no se deshace aunque llueva sobre ella dias y noches; y si esta diligencia no se hiciese, luego en lloviendo se desharia y se convertiria en agua; de aquellos montones, hecha cargas, la meten la tierra adentro, ó la venden á los navios que acuden por ella.

Hay en Yucatan mucha y muy buena piedra, así para los edificios, como para hacer cal; de lo uno y de lo otro se llevó en barcas gran cantidad á la isla de San Juan de Ulúa, con que se hizo el fuerte y castillo que hay en ella.

Hay ya en aquella provincia muchas estancias de vacas, yeguas, mulas, ovejas y cabras; crianse muchos